

JAIME GUZMAN

Eventual término del estado de sitio



Los anuncios gubernativos de que eventualmente se levantaría pronto el actual estado de sitio, hacen oportuno analizar la responsabilidad que ello exigirá respecto de los actores más relevantes de la vida nacional, a fin de que las circunstancias que rodearon su implantación no vuelvan a producirse.

Más allá de la amenaza terrorista, resulta innegable que el estado de sitio fue precipitado — en gran medida — por el fracaso de la apertura política impulsada en 1983.

En ella, por un lado, la oposición subestimó la fortaleza del gobierno para defender su estabilidad y estimó llegada la hora de derribarlo.

Esa creencia estimuló una confusa alianza entre la oposición democrática y los partidos marxistas, en la cual éstos terminaron haciendo prevalecer sus estrategias de violencia y polarizaciones políticas.

Más allá de eso, casi todo el espectro político reemergió con las mismas figuras y vicios previos a 1973. Las rivalidades personales y las rencillas de grupos primaron sobre el aporte de ideas y soluciones para el destino y los problemas del país.

De otro lado, la autoridad ministerial encargada de conducir la referida apertura política cayó en un doble error. Mientras toleró inexplicablemente que los grupos marxista-leninistas campearan en virtual igualdad de condiciones con los sectores democráticos (no obstante la proscripción constitucional respecto de los movimientos totalitarios), tampoco logró perfilar ante la opinión pública moderada un plan político de transición hacia la plenitud democrática que se advirtiese serio, realista y conciliatorio.

Por último, no está de más consignar la reaparición de un periodismo de

cloaca que contribuyó poderosamente al colapso de aquella apertura política.

En otros casos, ciertamente de menor gravedad, pero no por ello poco dañinos, se observó una tendencia periodística a acentuar en las informaciones y entrevistas políticas todo el comidillo de las pugnas personales y de grupos, minimizando la cobertura de aquellos aportes más serios y de fondo al debate nacional. Las fallas del grueso de los políticos — muy reales y deplorables — fueron amplificadas por algunos enfoques y estilos periodísticos.

Pienso que el único modo de no reeditar el panorama reseñado, consistirá en que cada actor cívico extraiga de lo ocurrido las correcciones necesarias para su propia conducta.

Estimo indispensable que la oposición democrática comprenda que con una posición rupturista frente a la institucionalidad vigente y proclive a concomitancias con sectores marxistas, nada positivo conseguirá aportar a nuestra evolución democrática.

Considero fundamental que los sectores gobiernistas o independientes sobresalgan por una auténtica capacidad renovadora y creativa.

Similar importancia atribuyo a que la autoridad política afianza rumbos claros y estables hacia la plenitud constitucional, concordantes con una percepción realista del actual gobierno y abierta al concurso digno de los opositores democráticos que deseen prestarlo.

En fin, creo que sobre la prensa recaerá la misión de contribuir constructivamente a prestigiar el debate cívico y a evitar una efervescencia política incompatible con la naturaleza del régimen bajo el cual Chile deberá transitar hacia una futura democracia eficiente y estable.

expresiones de beneplácito se sucedieron. Mientras para el ciudadano común "es un honor que Chile se merece, porque somos hartos sufridos y necesitamos sentir cerca a Dios", para el ex embajador Enrique Valenzuela Blanquero "con la poca población que tenemos es un lujo tener dos cardenales, por lo que esta distinción debería ser un motivo de orgullo para todos".

El subsecretario de Educación, René Salamé, coincide con Mitty Markmann viuda de González Videla en que la designación es "además de un honor para todo el pueblo chileno, un reconocimiento a la Iglesia chilena y a todo el país".

"La designación de monseñor Juan Francisco Fresno ha puesto una nota de esperanza y de optimismo en que si la Iglesia siempre mira los acontecimientos internos con los ojos de la fe y de la razón, puede ayudar significativamente a que la reconciliación y la paz reinen en el país", señaló el editorial de un matutino.

Es tal vez por ello que todos los sectores han celebrado con orgullo y júbilo su nueva dignidad. Dignidad que, por cierto, encierra una nueva y más compleja tarea: ser, con más fuerza y autoridad que nunca, portador y constructor de la paz verdadera. Son precisamente estas palabras las que pronunció el Santo Padre en la ceremonia de Pentecostés, donde entregó a los veintiocho nuevos purpurados los anillos cardenalicios, con los cuales se simboliza la estrecha colaboración que debe existir con el Santo Padre, hasta ser auténticos símbolos de unidad.

El gobierno, consciente de la importancia que reviste para todos los chilenos la investidura del arzobispo como nuevo príncipe de la Iglesia, se hizo presente en Roma enviando una delegación oficial presidida por el ministro Jorge Prado, debido a que el canciller Del Valle se encuentra de visita oficial en Corea. En la ceremonia del día 25, la delegación tuvo una agradable sorpresa. El Santo Padre, en su recorrido para saludar a todos los representantes de los distintos países, y saliéndose de todo protocolo, se detuvo frente a la comitiva chilena, y en perfecto castellano señaló: "Gracias a ustedes por la paz. Envíen mi más fraternal saludo a su Presidente y al pueblo chileno que me han dado la alegría de la paz". Minutos después, Chile ya tenía a su tercer cardenal.

El nuevo título, sin embargo, no ha cambiado la sencillez del arzobispo de Santiago. Consultado al final de la ceremonia sobre cómo quisiera pasar a la historia, señaló simplemente: "Yo no quiero pasar a la historia; sólo quiero servir y ser conocido por mi caridad y mi humildad. Lo único que quiero es lograr un crecimiento verdadero de toda nuestra gran familia chilena".